

## La larga agonía del “botiguer”

He perdido la cuenta de los años que vivo en Cornellà, ciudad periférica cruce de mestizajes y culturas a la que llegué procedente de la Catalunya interior, “terra endins”, cuando ya licenciaba mi adolescencia e iniciaba una incipiente juventud. Mi familia se había instalado en un piso comprado a la Inmobiliaria Linda Vista fundada por el entonces todopoderoso prócer cornellanenc don Eduardo Gelabert Fiet propietario de unos descampados yermos en los que mal subsistían cuatro desvencijados algarrobos situados entre la vía férrea y el linde donde crecía desmesuradamente una de estas “ciudades invisibles” a la que pomposamente denominaron “Ciudad Satélite San Ildefonso”. Don Eduardo construyó los veinticinco bloques de Linda Vista que, en su parte superior pintó de un color ocre indefinido y, olímpicamente, se olvidó dotarlos de los servicios más elementales. Total *“estaban al otro lado del puente”* en el conocido como “Sector Gavarra” y no era cuestión de hilar demasiado fino. Más pronto que tarde, nos dimos cuenta que nos habíamos instalado en la “periferia de la periferia” de una “ciudad periférica” si se me permite el enrevesado juego de palabras. La buena gente que empezó a ocupar los pisos adoptó el nombre de la empresa constructora y lo bautizó como el *“Barrio de Linda Vista”* ya que no era cuestión de aplicar el nombre ancestral con el que se conocía el inhóspito paraje: *“Picapolls”* y al inefable don Eduardo tampoco le hubiera cuadrado lo de *“Inmobiliaria Picapolls,S.A.”* que hasta ahí podíamos llegar. También nos dimos cuenta que existían “dos Cornellà”, meridianamente diferenciados el Cornellà de “baix” i el de “dalt” separados por la frontera de un puente angosto que por encima circulaban los trenes de RENFE y por debajo, en rigurosa fila india, por una acera estrecha, los peatones. Con el cambio espectacular que ha experimentado la ciudad a día de hoy, el puente que recordaba las antiguas alcantarillas de las carreteras, ha sido sustituido por un espectacular viaducto y un amplio paso de cuatro carriles (dos en cada dirección) con su inevitable rotonda incorporada. A esta mejora nuestro flamante ayuntamiento la interpreta como *“interconexión de los “dos Cornellà”*. En mi opinión puede que urbanísticamente sea así, pero en el imaginario popular, persiste la diferencia.

Tal vez la próxima generación... Todo este largo preámbulo que merece un estudio más profundo y que en un futuro tal vez me atreva analizar, viene a cuento en que, desde nuestra olvidada periferia, siempre decíamos “bajar al pueblo”, asumiendo tragar polvo o ponernos de barro hasta las orejas y atravesar la “frontera” del vetusto puente y eso no tenía otro significado que acudir al que siempre fue el eje vertebrador del Cornellà que todo el mundo conoce: la calle Rubió i Ors o “Carrer Major” que atravesaba la ciudad desde su enlace con la carretera de Sant Joan Despí hasta la de L’Hospitalet. En este nudo gordiano se concentraba toda la actividad social y comercial de la ciudad: En un extremo el entrañable Pati Blau, sede de La Unión Coral con sus pistas de baile de invierno y verano por las que desfilaban las orquestas más prestigiosas del momento: “Caravana”, “Rosaleda”, “Rudy Ventura”, “Janio Marti” y cantantes como José Guardiola, Ramon Calduch y el Duo Dinámico con su amor de quince años. Sus paredes, mientras subsistieron, guardaron celosamente secretos de encuentros y desencuentros amorosos, sin olvidarnos de aquel edificio que albergaba la Licorería Estrada con sus azulejos anunciando vinos de marca, anises, ron, coñacs... Siempre me he preguntado por qué no se conservó su estructura bucólica, una señal inconfundible de identidad que, en cuanto se avistaba, ya sabías que entrabas en Cornellà. En el mismo centro de la calle el Club de Basquet un tanto elitista con sus futbolines, mesas de billar y su pista de baile al que acudían parejas consolidadas, siempre bajo la atenta mirada de las suegras y ya, en el otro extremo, antes de enlazar con la carretera de L’Hospitalet, se alzaba el imponente Cine Cornellà, una sala, orgullo de la ciudad. La calle Rubió i Ors, los fines de semana era un hervidero humano, con sus numerosas “botigues” en la que se podía encontrar de todo. En esto que llegó la democracia y todo empezó a cambiar a un ritmo imparable, diabólico. Las costumbres ya eran otras y a las salas de ocio, las fueron sustituyendo discotecas donde todo era más permisivo. Vientos de libertad arrasaron con una forma de vida, precisamente la que arrebataron a la calle que había sido el auténtico pulmón comercial de la ciudad y donde hoy, cualquier fin de semana, el peatón puede observar la más abrumadora soledad. Un sábado o un domingo por la tarde, tienes la impresión que en el cruce de “Cuatro Caminos”, a la altura del recinto del parc de les Aigües, imaginas que, de un

momento a otro, aparecerá Clint Eastwood en su papel de “jinete pálido”, con su caballo, su poncho, sombrero y purito medio encendido, “que ha bajado al pueblo” a por provisiones. ¡Qué desolación! Con uno de los antiguos “botiguers” que hace tiempo bajó la persiana, hemos hecho un recuento exhaustivo y llegamos a contar 126 establecimientos que han ido cerrando en un silencio estremecedor y que le daban un hálito increíble de vida a la avenida. Entre ellos bueno es recordar zapaterías, relojerías, peluquerías, mercerías, librerías, sastrerías, el bar Pirraño auténtica ágora de la ciudad, establecimientos emblemáticos como “Galas”, deslumbrante, decorada lujosamente donde inevitablemente acudían las parejas casaderas para confeccionar su “lista de bodas”. No quisiera olvidar un quiosco singular, situado en el alfeizar de una ventana haciendo esquina y regentado por el inolvidable Mingo que todos los festivos salía de estampida con su bicicleta y un montón de periódicos terciados sobre el cuadro y al grito de “*¡el diariet!*” recorría toda la ciudad, hasta los barrios de nueva construcción al otro lado de la “frontera” y que él sabía que no existía ningún quiosco. Un personaje único, irrepetible. Hace años que también cerró su peculiar establecimiento. En los primeros días de febrero de 2016 saltó la sorpresa definitiva: apareció un cartel en el que anunciaba su cierre “per tancament” el establecimiento más antiguo y emblemático de la calle: la prestigiosa tienda de modas Cal Balasch, fundada hace cien años por Jaume Balasch, continuada por su hija María y en el periodo amargo previo al cierre, por su nieto Jordi Pinyol que arrojó la toalla. No podía aguantar más. Cinco años antes la había modernizado invirtiendo casi 400.000 euros, convirtiéndola en una “boutique” estilo Passeig de Gràcia. Todo ha sido inútil. La noticia merecía darse una vuelta por la calle desierta y en el escaparate pude leer, no sin cierta emoción, un cartel premonitorio, sentimental, lamentando, sin expresarlo abiertamente, una nostalgia de lo que fue y, en la actualidad “*lo que pudo haber sido y no fue*”. En un círculo se podía leer “**Balasch 1916-2016**” y en el centro, simplemente, “*a reveure*” que expresaba todo el sentimiento del heredero del pequeño imperio, Jordi Pinyol.

Han corrido ríos de tinta por el cierre de establecimientos emblemáticos de Barcelona capital, alegando –crisis aparte- el aumento desmesurado de los alquileres. No es el caso de la calle Rubió i

Ors de Cornellà, donde la mayoría de locales eran de propiedad. Esta ciudad periférica ha sufrido como ninguna el zarpazo de las grandes superficies que ya se presentía cuando se abrió el primer “Hiper” junto a la autovía de Castelldefels, convertido luego en Carrefour. De la noche a la mañana, abrió el mastodonte “Eroski” y todavía se recuerda el colapso que se armó en la carretera de Esplugues el día de su inauguración. Luego asentó sus reales “El Corte Inglés”. Pero el “descabello” definitivo lo ha provocado la multinacional francesa “Splau” que se ha instalado en un lugar clave junto al campo del Espanyol y la S.D. Cornellà. Por informes que he podido recoger, he tomado nota que en la década 1994-2004, han bajado la persiana en Cornellà 400 establecimientos. Nadie se cree a estas alturas las promesas de protección del ayuntamiento de promocionar el pequeño comercio. Son campañas que no llevan a ningún sitio ante el empuje de los colosos que combinan sabiamente ocio y comercio. En Cornellà se contabiliza la friolera de 150.000 metros cuadrados de grandes superficies. Puedes pasarte una mañana entera circulando de una a otra escalera mecánica, sin solución de continuidad. Contra esto no hay batalla posible. Aunque no todos pueden alardear de triunfo. El “Eroski” es hoy un gigante fantasma, con la mayoría de sus comercios cerrados y una oferta de ocio inexistente porque a la gente le da por donde le da y ahora la moda que se ha impuesto se ha concentrado en “Splau” el coloso que ha sobrevenido en caballo de Atila para el pequeño comercio. Y por si faltaba la “cirereta” del inmenso pastel, en el solar situado junto a la plaza de Catalunya, durante años yermo, porque a sus propietarios poca falta les hacía vender y se había convertido en el “solar de oro”, al final cedieron, y se ha instalado otro gran coloso: un Mercadona gigante que ha dado al traste con muchos pequeños comercios del eje que forman las Calles Buenestar, Plaza Catalunya, Anoià y, sobre todo la Avenida Miranda, el nuevo eje comercial de la parte alta de Cornellà, al otro lado de la “frontera”. Poco hemos tardado en comprobarlo. Ya sólo ha faltado la maldita pandemia para encontrar la excusa perfecta y bajar definitivamente la persiana sin necesidad de sonrojarse.

**Gonçal Évole**